

# Las Mujeres de la Divina Providencia

María Luisa Mendoza

"... ¿Esto quién lo ha pensado?  
¿Me dirán que esto es viejo y  
es trillado?..."

Sor Juana Inés de la Cruz

Este es ya otro tiempo, no el de ayer, sino de antier. Las circunstancias se han saltado varios capítulos que nos faltaban para arribar en paz al fin del siglo XX, el siglo por antonomasia de nuestros abuelos y padres, el de nuestra infancia y adolescencia, que parecen, vistas ahora de 1900; de la madurez, la etapa de hijos y hasta nietos. Sorpresivamente se rompió el orden, las tardes de sol dejaron de ser cautas y suaves, la cocina adquirió otro ritmo, carencias desconocidas nos asaltaron... noche eminente.

Aquella estancia del estudio en el crepúsculo, la aluzación de los libros perfectos y difíciles, la apertura al conocimiento, de las guerras distantes iluminadas por escritores que nos contaban la Primera Guerra Mundial sin imaginar que sus lectores íbamos a leerlas durante la Segunda. El despertar ominoso de la guerrilla en América Latina, el marxismo como

una identificación de la libertad y la inteligencia; Cuba, de soles y edificios vidriados incólumes a la revuelta, los amigos viajando a la isla para ver cómo era estar lejos de Norteamérica, toda una cultura que de muchas maneras iba a desembocar en los movimientos estudiantiles del mundo, desde Alemania y Erick, uno de los desaparecidos, pasando por los adoquines y las caras de muchachas en flor de París, que deseaban el amor y no la guerra, llegando a nuestra patria la lucha de los jóvenes en 1968, que ingenuamente hicieron -hicimos- de las calles la toma de conciencia y del zócalo un santuario de consignas y esperanzas.

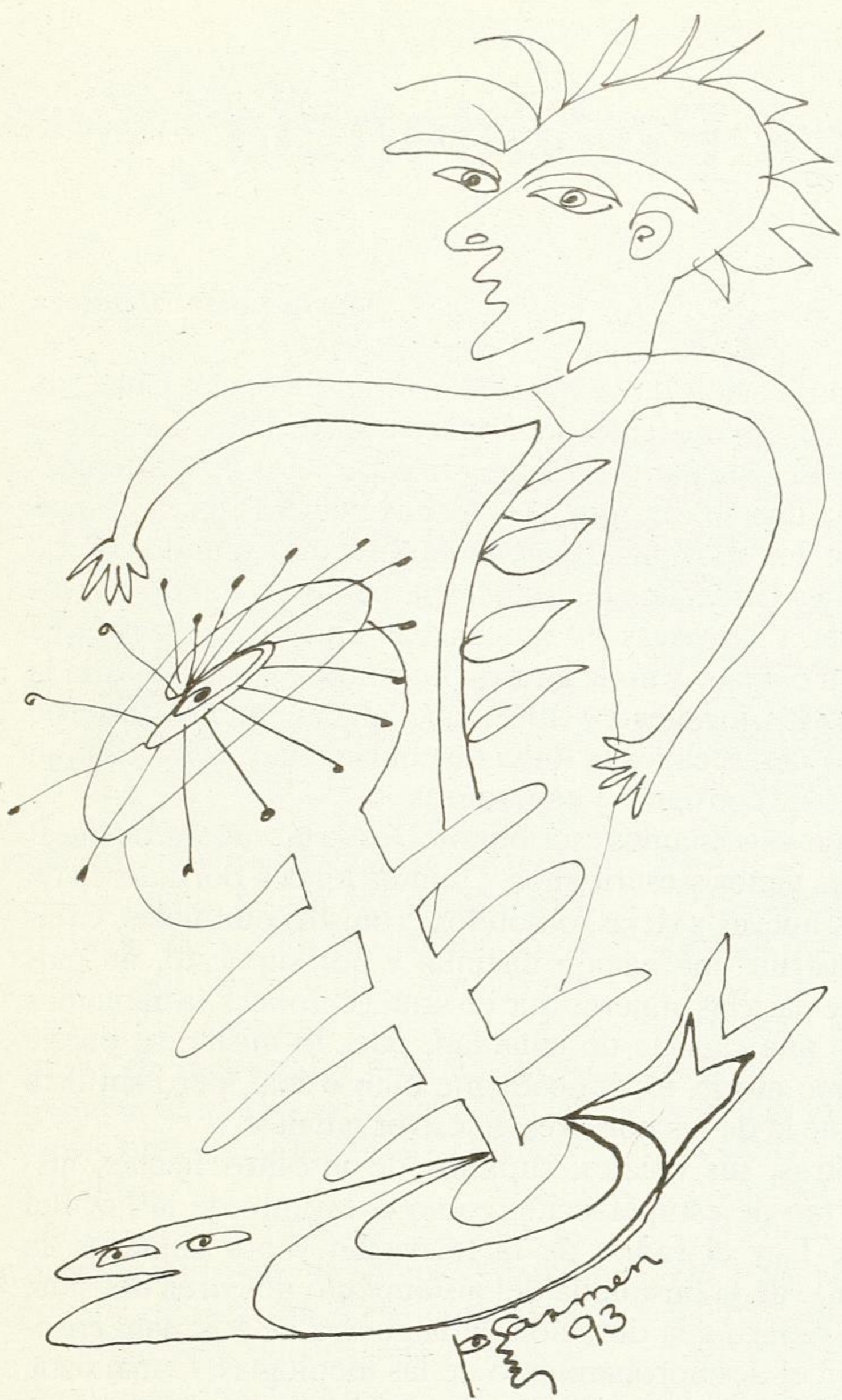
Los que escribíamos escribimos. Desde la ventana de nuestras casas vimos y escribimos y fuimos felices portadores de palabras nuevas y viejas, o dolidos cronistas puntuales. Creímos construir una nación distinta, y por supuesto, un país diferente para las mujeres que en aquel entonces ya habíamos probado una especie de igualdad, pues lo mismo se puede vivir como morir, idénticamente bien o mal, pero sin otra forma que la de los hombres, nuestros iguales.

Nosotras, sus iguales, supimos de insólitos hechos históricos, tan de estupefacción como el invento de la luz, del foco, de la y el radio, de la televisión y por supuesto la penicilina, de la búsqueda del aislamiento del virus del sida, etc. Me refiero a la duración de la guerra de Vietnam coronada con el desmoronamiento de las ideologías, la marxista, la de izquierda aún en llamas... y así. Supimos del derrumbamiento del muro de Berlín, la continuada amenaza de muerte a Cuba, el renacimiento demoníaco del nazismo y el Luzbel administrando los campos de concentración, el tronido de balas, la cacería de seres humanos, las mazmorras donde ocurre el aseo de la sangre con violaciones naturalmente a las mujeres, indescriptible fijación de escenas.

La lucha de las mujeres por ellas mismas ha sido tenaz, con esa pasividad aparente igual a la que nos asiste para esperar al hombre de la vida, al hijo anhelado. Las mujeres somos especialistas graduadas del verbo esperar. Por eso no nos extraña que la pelea por nosotras sea tan eternizante y capaz de inmovilizarnos en la derrota pasajera. Ahora bien, quien esto escribe y habla, siente que su cuerpo está hoy inmóvil, lento y triste, porque los acontecimientos de México, "las novedades de la patria", que dijera López Velarde, siempre nos pegan como estatuas de marfil, no porque carezcamos de la imaginación para adivinarlas, sino porque entran en la categoría de las pesadillas y somos soñadoras nada más, hacedoras de aventuras fantásticas y realidades nunca vistas ni vividas, y si las guerras no se hicieron para las mujeres es porque las hacen los hombres (como la política, creen) y quienes más las sufren son las mujeres y sus hijos, las de lucerío en batalla y sombras en la pérdida.

Pero en fin, hay que pergeñar algunas palabras sobre las mujeres "tema de finales de siglo" dijo Carlos Fuentes, de los





siglos enteros... protagonistas más o menos visibles de la historia, pero insustituibles para conformarla.

Ha sido larga cantaleta la entonada por nuestros derechos. Por la iugaldad ¿en qué?, en oportunidades cualesquiera que éstas sean, iguales representaciones, sueldos, inclusiones, honores, becas, premios, en la industria, el comercio, las artes y las ciencias... y claro está que en la política, terreno conculcado por los varones.

Y no incurro en la letanía, baste observar el largo y laberíntico problema para arribar a un puesto de elección que de más de 80 millones de habitantes en México, sólo mujeres los alcanzan 218! De 500 diputados federales, 43 son mujeres. De 550 delegados locales, 91 son mujeres. De 64 senadores sólo 3 son mujeres. De 66 asambleístas, 15 son mujeres, y de 2,392 presidentes municipales en los respectivos palacios de tierra adentro y afuera, nada más mandan 66 mujeres...

Y así podemos seguir en los puestos de decisión, y en el poder ejecutivo y judicial. La merma de tacones altos es evidente y, con sus venias, no va a cejar, amainar, y hoy menos que nunca, en el momento en que se necesitan mariscales de campo para atajar la maldición de la muerte, el despojo, los finales de siglo.

El perfil de la mujer mexicana apenas ha variado desde el imperio azteca o la apretada Colonia católica. Somos y lo seremos, el pivote, el eje de la casa, y difícilmente se nos reconoce, milagrosamente conseguimos trabajo bien remun-

rado: para defender casa e hijos, por no decir al marido, que también para eso estamos.

Nos interesa antes que nada la paz, la mesa pródiga, y me atrevo a decir que la cuna no tan llena. Que no hayan niñas madres solteras de trece años, niñas que, como dice la poeta Griselda Alvarez, necesitan su propio calcio para un buen crecimiento, más educación, y añado más amor, enseñanza, calma para prepararse a la vida verdadera.

No se trata de insistir en la retórica, en la acumulación de oraciones pueriles alrededor de la mujer, sino de señalar que todavía abundan los hijos del incesto y de la promiscuidad. ¿Qué decir de los niños campesinos y sus madres despojados de la dignidad, el bien más necesario? Víctimas propiciatorias del mundo, nacidas niñas para ser madres con igual indiferencia general, acopio de injurias, mal trato y ni siquiera la vergüenza de ser miserables.

De volver a caminar el mismo doliente cántico de la explosión demográfica de la que la mujer es protagonista cruelmente portadora y condenada, ella y sus productos, por la miseria, el analfabetismo, el desdén de los machos, de las autoridades y ahora por la guerra fratricida, absurda, nunca necesariamente esperada. Ya basta de tantas palabras si sabemos todo lo necesario.

Deberemos empezar por planear detener la explosión demográfica, criaturas sin fin por el planeta, niños y niñas carne de cañón de la mendicidad, prostitución, abandono, drogadicción, mugre y enfermedades. El SIDA espera sin paciencia. Y a esto añadir la herencia de los hijos, en sus cuerpecitos recién nacidos presas de la necesidad de la droga. No es exclusiva la necesidad de educación e información a las mujeres, sino hacerlas extensivas a los hombres, nuestros dueños, en quienes se han de añadir las enseñanzas de la lógica y de la ética, del sentido común.

Cuando yo era chica, en mi casa reinaba la devoción a la Divina Providencia, a quien le debíamos *casa, vestido y sustento*. Me temo que eso somos las mujeres, mantenedoras de la casa, de los vestidos y de la sal y la hogaza, el caldero de puchero en donde anda Dios. Somos el motor silencioso y terco para sacar adelante a los chilpayates, y repito, al compañero, que también para eso estamos... Pero a estas divinas providencias habrá que darles trabajo, mejores hacedurías, derecho a la salud cumplida, y a la distracción. Exigimos el respeto a nuestras personas y obras, el respeto que nos concede el derecho constitucional, a nuestra labor como escritoras -si lo somos-, a las tareas realizadas, como sindicalistas o cooperativistas, empleadas o legisladoras, como seres humanos del sexo femenino, eso es todo. Respeto a nuestro voto partidista, voto libre y soberano, y se cumpla así la voluntad de las mujeres que somos más de la mitad, es cierto, de habitantes de esta país, y por ende las decididoras de quiénes queremos que nos gobiernen. O de gobernar.

Pródigas divinas providencias. Traemos a nuestra casa cargando en los brazos, los trapos repartidos en los hijos, el sustento diario si no llega por el conducto debido, el del hombre cumplidor. Por eso, porque podremos algún día ser libres de espíritu de veras, daremos a luz los hijos que determineos, o no los tendremos. Seremos individuos de respeto, con voz y voto, y veremos entonces que la angustia sufrida ahora, que no hicimos y nos quita el sueño, no se repetirá, no sucederá, porque para eso somos mujeres.